DELICIAS

DEL

NUEVO PARAISO

RECOGIDAS AL VAPOR

EN EL SIGLO DE LA ELECTRICIDAD,

POR

JOSE SELGAS.

EDICION ESPECIAL PARA MEXICO

MADRID
IMPRENTA DE J. ARENAS

1871.

505

SELGA

NEVO PARAISO.

PQ650
.S4
D45
c.1

01043

1080021986

DELICIAS DEL NUEVO PARAISO.

DELICIAS
DEL
NUEVO PARAISO

RECOGIDAS AL VAPOR

EN EL SIGLO DE LA ELECTRICIDAD,

POR

JOSE SELGAS.

MADRID
IMPRENTA DE J. ARENAS
1871.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Universitaria
46711

PQ6505
.S4
D45

Es propiedad del Editor.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Sr. D. Cándido Nocedal.

Mi querido amigo: ante el atroz espectáculo de la brutal contienda en que la sábia Alemania y la culta Francia se encuentran empeñadas, es probable que muchas gentes empiecen á sospechar que vivimos en un siglo real y verdaderamente bárbaro. Semejante sospecha debe herir nuestra vanidad, y justo es que cada uno en la medida de sus fuerzas salga á la defensa del siglo en que hemos nacido, al verlo calumniado por los devastadores efectos de la guerra salvaje, de que es sangriento teatro Europa, guerra consentida y respetada por las naciones mas cultas del mundo, inclusa la humanitaria y sensible Inglaterra.

Por acudir á esta urgente necesidad de nuestra honrada civilizacion, en la parte que me es posible, he reunido apresuradamente los ligeros capítulos que forman este libro, y los doy á la estampa por si puedo conseguir que las delicias de la vida moderna sirvan de consuelo á los horrores de la guerra presente.

Si la voluptuosa Babilonia que está á punto de caer bajo los herrados cascos del caballo del rey Guillermo desaparece, como es natural, del cuadro de las grandes capitales, nosotros que hemos bebido en ella todas las dulzuras de la civilizacion moderna, mientras los prusianos vencedores imponen su voluntad con la punta de las bayonetas á Francia cautiva, á España agotada, á Italia envilecida, todavía podremos consolarnos exclamando á la faz del mundo: Todo se ha perdido menos el *can-can*.

Acepte usted este libro como una prenda del afectuoso cariño que le profesa su amigo

J. Selgas.

010434

INTRODUCCION.

Si la Providencia hubiera tenido por conveniente dejarnos elegir la época en que habiamos de nacer, no sé si hubiéramos elegido para venir al mundo la época presente; pero confieso con toda ingenuidad que una vez aquí, en medio del siglo XIX, no debemos encontrarnos del todo descontentos, y áun creo que debiéramos estar contentos del todo si pensáramos que abandonado á nuestra eleccion el momento en que habiamos de nacer, probablemente habriamos elegido otro peor que este.

Convengamos en que al fin y al cabo, el siglo XIX es nuestro siglo, y no nos ne-

guemos por pura hipocondría la viva satisfaccion de haber nacido en el mas grande de los siglos.

No siempre se presentan ocasiones tan favorables, y todo el mundo sabe que la fortuna es una loca y que á la ocasion la pintan calva, para que nos veamos en la necesidad de cogerla por un cabello.

Afortunadamente el siglo en que vivimos no tiene por ahora mas jueces que á nosotros, y por lo tanto, podemos con toda seguridad despacharnos á nuestro gusto.

Nosotros, que tenemos los piés en este siglo y las manos en los siglos futuros; que vivimos hoy con lo que pueda haber mañana; que nos hemos adelantado á nuestro tiempo hasta el punto de ser una generacion que se come muy tranquilamente el pan de las generaciones que no han nacido todavía, bien podemos, por la prodi-

giosa extension que hemos dado á nuestros legítimos derechos, erigirnos en nuestra propia posteridad.

Cualquiera que sea la razon en virtud de la que se haya concedido á las posteridades el derecho de juzgar definitivamente lo pasado, nosotros no podemos pasar por esas horcas caudinas sin exponernos á la contingencia de una quiebra que pudiera muy bien calificarse de fraudulenta.

Equivaldria á conceder á los contribuyentes el derecho de juzgar el caso enorme de los gastos públicos; seria hacer al marido juez del lujo de su mujer; seria, en fin, cerrarnos la inmensidad de ese gran bolsillo que se llama deuda, y que nosotros hemos sabido abrir por medio de esa llave maestra que llamamos crédito.

Cada siglo representa un papel en la historia, y á nosotros nos ha tocado en

suerte representar el papel de la deuda.

Detrás del derecho está el deber, como el anverso está detrás del reverso; y siendo indisputable nuestro derecho á gozar de la felicidad mas completa, claro es que los que nos sucedan en el usufructo de la vida, han contraido de antemano el deber de pagar nuestra felicidad.

Hagamos á la posteridad juez de nuestro siglo, y nos expondremos á que nos proteste la cuantiosa letra que ya hemos girado contra los siglos futuros.

¿Y qué testimonio puede demostrarnos mejor la excelente bondad de nuestro siglo, que el testimonio vivo de nuestra propia felicidad?

¿Qué género de sofismas podrán inventar las generaciones futuras para hacernos creer que esta felicidad es una desdicha, que esta grandeza es una miseria, que toda esta prosperidad es una pura trampa?

Seria tanto como hacernos creer que el gas no alumbra, que la electricidad no habla, que el vapor no corre, que el dinero no vuela; equivaldria, en una palabra, á hacernos creer que nosotros no somos nosotros, que este siglo no es el siglo XIX.

No hablo con esas pobres gentes que viven perdidas en la soledad de los campos ó encerradas entre las cuatro tapias de sus humildes aldeas; que en vez de pedirle á la tierra el fruto anticipado, le entregan anticipada la semilla; que en vez de gastar ahorran; que en vez de gozar trabajan; que en vez de ser grandes y poderosas, todavía se contentan con ser felices.

No hablo con esas gentes que en vez de poner su confianza en un banco, aún confian en el cielo; que tienen el trabajo por felicidad, los hijos por riqueza y el descanso por lujo.

Y no me atrevo á decir que el conjunto de todas esas gentes forman lo que se llama una gran mayoría, porque las mayorías todo lo pueden, y esas pobres gentes apenas pueden salir del dia.

No hablo, pues, con ellas, porque en rigor no viven en nuestro tiempo, viven virtualmente lejos de nosotros, sin atreverse á pasar del umbral de nuestro siglo.

Hablo, digámoslo así, con nosotros, con los que vivimos en toda la plenitud de nuestro tiempo, en medio de estos grandes centros en que nos agitamos llevados y traidos por el incansable movimiento de la vida moderna.

Aquí es donde se ve el siglo en toda su majestad y en toda su gloria.

¿Quién, medio dormido en el regazo de su madre ó en los brazos de su nodriza, no ha oido contar alguna vez á la una ó

á la otra las maravillosas delicias de la ciudad de Jáuja?

¿Quién, dormido del todo y columpiado por el suave movimiento de esos brazos que Dios ha hecho para dormir á los niños y para sujetar á los hombres, sintiendo en el alma la dulzura de esos besos que solo las madres saben dar á sus hijos, no se ha visto trasportado á la ciudad de Jáuja?

En Jáuja los rios son de leche, las fuentes de miel, las casas de azúcar; Jáuja es el paraíso de los niños. Pues bien; Lóndres, Paris, Madrid, son las Jáujas de los hombres, y los que no viven en Lóndres, en Paris ó en Madrid, no se puede decir que viven en el siglo XIX.

Aquí la felicidad nos sale al paso por todas partes.

Y no se crea que es esa felicidad ramplona que le pide al hombre virtud, que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

solo está al alcance de las conciencias tranquilas, que puede poseerla el ignorante y adquirirla el pobre; no: se trata de una nueva felicidad, de la felicidad moderna, de esta felicidad que en cambio de todos los goces, de todos los placeres, solo nos pide oro.

Es esa felicidad que necesita saber que somos ricos para concedernos el don siempre apetecido de ser dichosos.

No es esa felicidad vergonzosa que se esconde entre las cuatro paredes de la casa, ocultándose en el seno tranquilo de las familias honradas, como la mujer honesta esconde á las miradas de los hombres sus mas bellos encantos.

No es esa felicidad inalterable y fastidiosa que descansa en la confianza de la amistad, en la seguridad del cariño, que hace á nuestros ojos amable la vida, que

hace de una choza un palacio, de un pobre un rico.

No se trata de esa felicidad vulgar, acompasada como los movimientos del péndulo, regular como los latidos de un corazon sano, serena como un dia sin nubes, tranquila como una noche sin tempestades.

No se trata de esa felicidad solitaria que se alegra el dia de la abundancia y se resigna el dia de la escasez.

No es esa felicidad sin gloria, sin ruido, sin celebridad, ignorada muchas veces hasta por los mismos que la disfrutan, la felicidad tumultuosa, arrebatada, deslumbradora y magnífica que nuestro siglo nos ofrece.

Aquí, donde detrás de cada esquina nos espera un placer; donde las mujeres mas hermosas del mundo se disputan nuestras miradas; donde no hay calle sin

café ni café sin teatro; donde los mas maravillosos espectáculos nos arrastran, envolviéndonos en el torrente agitado de la concurrencia; donde no hay dia ni noche; donde una eterna primavera mantiene en explendor constante la seda y el oro, el mármol y el bronce, los encajes y las perlas, el terciopelo y los diamantes;

Aquí, donde la miseria está prohibida y solo se la consiente cuando canta y baila en medio de las plazas públicas, mezclando los gritos y las contorsiones de su felicidad á las convulsiones y á los gritos de la comun alegría;

Aquí no hay deseo ni apetito que no se satisfaga.

Las fondas, los cafés, los teatros, los palacios, los garitos, las cárceles y los casinos, harian inútiles las casas si no fueran absolutamente indispensables para formar las calles.

El placer nos tiende los brazos, la opulencia nos llama, la felicidad nos grita, el paraíso de la tierra nos abre de par en par sus puertas suntuosas, convidándonos á todos los deleites de la vida. Eramos hombres, y nos hemos hecho dioses; entremos, pues, en nuestra propia casa.